

Murcia

Antonio Verde Gutierrez, 65 años

Juan Patricio Peñalver, 24 años

EL COLOR DE LA ESPERANZA

Postrado en su silla de ruedas, con sus piernas amputadas, sus brazos amoratados, su aspecto débil, su dificultad al hablar y su mirada esquiva, puede hacer pensar, a primera vista, que Antonio es un hombre hueraño y desesperado o con un carácter agrio y derrotista. Sin embargo, basta un minuto de conversación para empezar a descubrir en él una mirada distinta, la de una persona noble y cercana, y la de un optimista nato.

Ciertamente, Antonio es una persona reservada, que por lo general prefiere asumir sus problemas sin apoyarse en nadie, pero también se muestra como una persona afable y positiva ante la vida. Tal actitud sorprende incluso a su médico, que en una ocasión le dijo: “Jamás hemos tenido un caso como el tuyo, con lo que tienes y lo que te puede venir, y siempre estás de buen humor”. Pero, como le ocurre a cualquiera, para él hay días en que todo son sombras, por mucho que luzca el sol allá en lo alto. Es entonces cuando Antonio se vuelve un hombre cabizbajo y el verde de su apellido se torna gris oscuro. Esto suele ocurrir los lunes, miércoles y viernes, días en los que se somete a las largas sesiones de diálisis que necesita para seguir con vida.

Actualmente, desde hace menos de un año, vive en una residencia. Fue una decisión complicada y de hecho no le ha resultado fácil adaptarse a su nuevo hogar, pero tuvo que reconocer que ya no podía realizar como antes sus tareas domésticas y de higiene personal. Y no obstante, en cierto modo, también huía de la que siempre ha sido su más fiel compañera: la soledad.

Antonio se pasa la mano por la frente. Su corazón da un vuelco cada vez que oye pronunciar la palabra familia. Desde su separación matrimonial, la relación con sus familiares se fue enfriando hasta el extremo de no volver a saber nada de ellos (incluidos sus hermanos) en más de 34 años. Él mismo, sin ser muy consciente, ha ido huyendo de su pasado y ha blindado su corazón ante lo que fue el trance más difícil de su vida. Su separación le hizo caer en un pozo sin fondo, pero gracias a lo que siempre ha sido su baluarte, la fe, logró salir a flote y evitar el suicidio. Un día que se hallaba en Murcia, de camino a una cafetería del barrio de Centrofama se detuvo ante la fachada de una iglesia y leyó en un gran cartel: “Dios te llama, ven”. Antonio sintió que aquel sencillo mensaje iba expresamente dirigido a él y en ese preciso instante decidió recuperar su fe, y al mismo tiempo las riendas de su vida. Así se integró en el Camino Neocatecumenal fundado por Kiko Argüello. Desde entonces han transcurrido 24 años y continúa asistiendo semanalmente a las reuniones de su comunidad.

A pesar de todo, hay una persona que recientemente ha logrado rebasar esa coraza en la que Antonio lleva tantos años refugiándose de los traumas del pasado. No es otra que una de sus hijas, residente en Madrid, que después de mucho tiempo ha logrado reencontrarse con él. Quería verle en persona y conocer su versión de la historia familiar. Gracias a ello, Antonio se ha podido quitar la espina que tantos años ha llevado clavada. Los ojos le brillan al manifestar que desde entonces su hija le llama por teléfono con cierta asiduidad, interesándose por su salud.

A lo largo de su vida, Antonio ha desempeñado puestos de cierta relevancia en la realización de canalizaciones subterráneas de Telefónica, aunque empezó trabajando en la electricidad. Su trabajo le ha llevado a viajar por todos los rincones de España y a residir, por diversas circunstancias, en muchos lugares, hasta que, sin preverlo, vino a echar raíces en Murcia, donde ha permanecido hasta la actualidad. Hoy ya no puede viajar, pues se lo impiden sus múltiples problemas de salud, pero hay otros viajes que sí puede realizar a través de su memoria, dejándose embriagar por el fulgor del recuerdo y la nostalgia, como el que le envuelve al describir sus juegos infantiles en su pueblo natal.

Antonio creció sano y robusto en el seno de una familia terrateniente, ubicada en el municipio de Berja (Almería). Era el menor de cinco hermanos y el más travieso. En aquellos años, en la conciencia colectiva aún resonaba el clamor de un país que acababa de enfrentarse en una cruenta guerra civil. Los niños de aquel pueblo almeriense tampoco eran ajenos a las circunstancias de la posguerra y entre sus entretenimientos más habituales se encontraba el jugar a las guerrillas, había dos bandos: el de los niños del pueblo y el de los hijos de los guardias civiles, pues había un cuartel cerca de allí.

Antonio era un niño revoltoso, pero la benevolencia de su padre contribuyó a que entre ambos se creara una complicidad especial y un trato muy cercano. Le gustaba ayudarlo en las tareas del campo y dormir con él en su cama. Paradójicamente, aquellos primeros recuerdos de su infancia son los que mejor han permanecido grabados en su retina a lo largo del tiempo. El destino, sin embargo, quiso que Antonio perdiera a su padre cuando sólo contaba nueve años. La repentina ausencia de su progenitor le produjo tal vacío que por primera vez decidió aferrarse a la fe, hasta el punto de convertirla en el centro de su vida, ya que sólo un año más tarde accedió al curso de ingreso del seminario conciliar de Almería. Allí permaneció durante cinco años, sin salir más que en las vacaciones de verano para ir a Granada a visitar a su madre. Al cumplir los 15 abandonó el seminario, aunque con intención de seguir formándose, sin embargo, no consiguió que le convalidaran los estudios que ya había realizado.

Antonio confiesa que en cierto modo, además de que su vida transcurría a una velocidad vertiginosa, él mismo la iba acelerando más. Prueba de ello es que a los 16 años decidió aprovechar la ocasión de ingresar prematuramente en el Ejército, con la idea de que ése fuera su futuro profesional. Pero su inexperiencia, su ambición desmedida y su falta de paciencia le llevaron a cometer el error del que más se ha arrepentido el resto de su vida. Siendo ya cabo primero, llegó a realizar el curso de sargento en Madrid, pero en vista de que faltaban plazas y no licenciaban a nadie, solicitó formalmente la 'rescisión del compromiso' para abandonar el Ejército. En cambio, el seis de diciembre le sorprendió la noticia de su ascenso y a partir de ese momento movió Roma con Santiago para intentar retirar la rescisión, pero estaba ya firmada por el ministro. Dos días después asistió a la fiesta de infantería con los galones de sargento, teniendo que abandonar el Ejército seis días más tarde. De manera que su gran deseo de ser militar acabó convirtiéndose sencillamente en una vocación frustrada.

Pero por mucho que pesen sobre la conciencia los fracasos del pasado, son sus actuales problemas de salud los que le han enseñado a contemplar la vida de una forma mucho más profunda. En los últimos años, sin haber alcanzado aún una edad demasiado avanzada, Antonio ha tenido que aprender a convivir con la diabetes, sufrir la amputación de sus dos piernas por la misma enfermedad, someterse casi diariamente a cuatro horas de diálisis a consecuencia de una insuficiencia renal... Incluso el placer de comer se ha ido convirtiendo para él en un suplicio por culpa de su úlcera de estómago.

Es cierto que su adaptación a la residencia no ha sido fácil, pero se siente satisfecho de haber encontrado nuevas amistades con las que comparte muy buenos momentos y alguna que otra broma. Es consciente de que el buen humor es contagioso y no duda en usarlo aun en los peores trances.

Cuando recibe buen trato de los demás, le vienen a la mente los ocho años que estuvo colaborando en la fundación solidaria "Jesús Abandonado" de Murcia, dedicada a la acogida de transeúntes. Allí, Antonio pasó ratos muy agradables, pero también momentos muy amargos. Y sobre todo empezó a comprender que, en realidad, la vida es un viaje repleto de experiencias agridulces.

LO IMPORTANTE DE LA VIDA.

Para Antonio, la fe es lo más importante. La fe honesta del que aprende a valorar el privilegio de la vida por encima de cualquier adversidad, esa es la fe que él practica a diario.

Por otro lado, asomarse al precipicio de la memoria siempre constituye un acto de valentía, pues en ocasiones los recuerdos son tantos y tan intensos que resulta imposible sustraerse a la vorágine de emociones



que generan. Antonio, sin embargo, en un alarde de humildad y sencillez, afirma que su vida “ha sido vulgar; como decía aquél: ni chicha, ni limoná”. De hecho, él es una de esas escasas personas para las que la vida es mucho más que tenerlo todo o gozar de una salud plena.

Antonio es un ser humano al que las penalidades físicas no han servido para amedrentar su fortaleza espiritual, hasta el extremo de que aún hoy afirma, quizá con más convencimiento que nunca, que lo más importante es “confiar en el amor y la misericordia de Dios”. No en vano, el verbo que mejor conjuga Antonio Verde es el verbo “confiar”. Quizá su apellido no sea una mera casualidad; al fin y al cabo... verde es el color de la esperanza.